

## La superposición temporal en el “Soneto IV” de Antonio Machado

Antonio Barbagallo

Hablar del tema del paso del tiempo en poesía significa, de forma paralela e inevitable, hablar y reflexionar sobre la existencia humana y su trágico desenlace. En el sentido unamuniano, el desenlace de la existencia humana es trágico porque es justamente eso, un desenlace, un fin. Si bien el tratamiento del “tiempo” tiene una larga tradición en la poesía castellana –recordemos solamente las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique-- nadie en la última centuria lo ha infundido tan suave y disimuladamente en casi la totalidad de su obra como Antonio Machado. Si en muchos poemas machadianos el tiempo se presenta en forma más o menos directa, como en “Poema de un día”, donde se oye el “tic-tic” del reloj, o como en “El hospicio”, donde una serie de adjetivos *evolutivos* (Barbagallo, 161-170) apuntan a un tiempo implacable y destructor, en muchos otros, los temas parecen ser distintos y parecen exhibir otras preocupaciones o preferencias, como el gusto por la historia o el amor a la naturaleza y a ciudades como Soria, o incluso muestran un ánimo pueril, como en “Las moscas”. Sin embargo, todos estos poemas aparentemente ajenos al tema del paso del tiempo están “disimuladamente” imbuidos de temporalidad. El paso del tiempo o, si se quiere, nuestro paso por el tiempo o en el tiempo, no tendría ninguna importancia para el ser humano y no aparecería en ningún

poema si no llevara a la muerte. Juan de Mairena, el *alter ego* de nuestro poeta, lo explica así: “Sin el tiempo, esa invención de Satanás, sin ése que llamó mi maestro ‘engendro de Luzbel en su caída’, el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza. Y el diablo ya no tendría nada que hacer. Y los poetas tampoco”. (1.085) Efectivamente, la angustia que experimenta el poeta es la misma que siente el mundo entero, y es ese dolor existencial que aflige al “otro”, lo que multiplica su propia melancolía. “Un corazón solitario no es un corazón”, escribe el vate. Poetizar el fluir del tiempo, por lo tanto, significa cantar todo lo que tiene vida y es perecedero e, inversamente, cantar cualquier cosa existente o existida es poetizar el tiempo. La crítica, incluso el que esto escribe, se ha ocupado mucho de tratar de descubrir el origen de la melancolía de Antonio Machado, pero es tarea ardua y, quizás, según los adeptos al “New Criticism”,<sup>1</sup> poco importante. La pérdida de su joven esposa podría explicar el tono melancólico de la poesía que surge después de la muerte de Leonor, pero la verdad es que se trata solo de una melancolía vieja, persistente y duradera, y no de un fenómeno nuevo. De hecho, en ningún momento de la creación poética posterior a la desaparición de Leonor se nota una agudización del tono de pesadumbre. Es más, toda la poesía de don Antonio, por nostálgica que pueda parecer, nunca exhibe un melodrama empalagoso, y se caracteriza por un

---

<sup>1</sup> Este movimiento de teoría literaria estadounidense, en boga a mediados del siglo xx y con ecos perdurables, enfatiza el valor de la obra “en sí”, sin tener en cuenta la biografía de su autor, ni el contexto histórico y cultural en que fue creada.

noble y orgulloso pudor. Esta es la gran cualidad que hace que la obra machadiana sea tan atractiva y querida. El hecho es que, desde los primeros poemas del primer libro, *Soledades*, el tono melancólico es profuso y se encuentra en los paisajes urbanos, magistralmente analizados por Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*.

Descubrir el origen del peculiar temperamento de don Antonio quizás no importe, pero, ya sabemos que, desde *Soledades*, libro subjetivo e intimista, encontramos con frecuencia el “yo” disimulado y camuflado en un paisaje urbano triste y melancólico. Cabe preguntarse si las monótonas fuentes en los parques desnudos de los inviernos fríos de Madrid infundían tristeza en el corazón andaluz de Antonio o si, por el contrario, el poeta volcaba su innata melancolía sobre este paisaje urbano. Si nos atenemos a lo que Juan Ramón Jiménez opina sobre Machado, es más lógico pensar que don Antonio haya imprimido y derramado su sello de tristeza personal sobre el paisaje real, y no que el paisaje o el ambiente haya imprimido la tristeza y la melancolía sobre su alma. “Tuvo siempre tanto de muerto como de vivo, mitades fundidas en él por arte sencillo. Cuando me lo encontraba por la mañana temprano, me creía que acababa de levantarse de la fosa”. Esta descripción de don Antonio va mucho más allá del mero esbozo de un aspecto físico; es más bien una penetrante radiografía del alma del poeta. Sin embargo, no nos explica nada sobre el posible origen de su melancólica existencia.

La enigmática pregunta sigue en pie. Además, es prudente recordar que J.R.J. habla de un Machado alejado de su Sevilla natal, de una Sevilla luminosa, cálida y llena de colorido. Este Machado es el joven que vive en un Madrid de inviernos fríos y grises, en un Madrid que, aunque hecho suyo, no es suyo. El poeta había vivido la infancia, los años de las primeras impresiones, en la Sevilla terrenal, en la tierra donde todo es vida, donde difícilmente se puede contemplar la muerte. Estas primeras impresiones se quedaron grabadas en el alma de Antonio, y ahora la aspereza del clima y de la tierra castellanos seguramente chocaba con su espíritu andaluz. Aquí la muerte estaba presente. Es lógico, entonces, que el paisaje urbano de Madrid, y el castellano en general, originaran, o al menos acentuaran, la tristeza de nuestro poeta.<sup>2</sup> Él mismo, casi al final de su vida, en su exilio valenciano, en una entrevista con Pascual Pla y Beltrán, confirma cuanto acabo de expresar:

*Estos campos (estos campos son la vida y otros campos son la muerte, he leído no sé en qué lugar), esta hermosura materializa al hombre, lo vuelve en exceso terreno. Aquí,*

---

<sup>2</sup> A veces uno no sabe si algunos comentaristas actúan en mala fe, o simplemente no saben leer. En un reciente artículo, que me veo obligado a mencionar, en una nota el autor me cita sólo parcialmente, sacando la cita fuera de contexto, y está de acuerdo conmigo sólo parcialmente. Opina exactamente lo que yo opino, pero, al citarme sólo en parte, declara que él va más allá, como si unas ocho, diez líneas más no las hubiera leído: "I agree that nature reflects his mental state, but I do not make the distinction so clear; the poetic voice sees his concerns reflected in nature because its physical condition already reflects his own; dreary, cold, rundown, etc. As I show later, speaker and nature couple, and mutually affect each other, as it is not an either or relationship." "Concuerdo con que la naturaleza refleja su estado mental, pero no hago la distinción tan tajante; la voz poética ve sus inquietudes reflejadas en la naturaleza porque su condición física [de la naturaleza] ya refleja su propia [del poeta]; sombría, fría, agotada, etc. Como muestro más adelante, el hablante y la naturaleza se unen y se afectan mutuamente, ya que no es una relación de "blanco o negro". Véase la nota 5 de "Reflective Mindreading: Theory of Mind and the Search for Self in Antonio Machado's *Soledades*" de Steven Mills en *Hispania*, volume 94, number 4, December 2011. La cita, a la que este autor se refiere solo en parte, sale de mi libro *España, el paisaje, el tiempo y otros temas en la poesía de Antonio Machado*, Visor, Madrid, 2012.

entre esta verdura, difícilmente se angustia uno con la muerte. Y no existe contradicción en esto, pues lo que pasa es que aquí la idea de la muerte muy raramente conturba el espíritu del hombre. El hombre es aquí tan material, que parece vivir con la convicción de que su permanencia será eterna sobre la tierra. ¡Castilla es tan distinta! ¡Tierra de místicos, de guerreros y de truhanes! El hombre vive allí con la esperanza del más allá, desdeñoso de la tierra, con una gran lanzada de Dios en el espíritu. (48)

A pesar de que España está en plena guerra y que don Antonio es ya mayor y enfermizo, pronuncia unas palabras que, aunque las haya leído en algún lugar, sin embargo, son suyas. Estas son palabras sentidas, auténticas.

Si bien el paso del tiempo y la melancolía son inseparables, en *Campos de Castilla* la nostalgia o tristeza parece atenuarse, aunque el pasar del tiempo es siempre protagonista y se expresa de casi infinitas maneras. Sus efectos se ven en las decrepitas ciudades, en los edificios viejos, en el cambio de estaciones, en los amaneceres y los atardeceres y en la historia de una España gloriosa que se vuelve anacrónica y decadente -*La madre es en otro tiempo fecunda en capitanes, / madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.*-

La naturaleza evoluciona y transcurre en el tiempo y muere, pero a la vez se renueva, y crea vida nueva, como muestra el olmo viejo al que le asoman unas pequeñas hojas nuevas --“Al olmo viejo, hendido por el rayo... algunas hojas verdes le han salido.”-- El destino del ser humano, por otro lado, es incierto, y esta

es la verdadera causa de la melancolía e incluso de la amargura de nuestro Machado y de almas afines como la de Unamuno. Sobre la inseparabilidad del tiempo y la angustia, Ramón de Zubiría escribe:

para quien tan en lo vivo sintió la fuerza avasalladora del tiempo y su poder destructor, la muerte tuvo que ser también, y por consecuencia lógica, motivo de honda y constante preocupación. Porque tiempo y muerte son inseparables, de ahí que nuestro poeta llamase “homicida” al primero, por ser, como es, el que nos arrastra a nuestro fin y acabamiento”. (56)

Los clásicos símbolos temporales como la fuente, preponderante en *Soledades*, y el río, casi omnipresente en *Campos de Castilla*, hacen discurrir el tiempo siempre en un sentido, desde el presente hacia el futuro, un futuro que es siempre presente.

También las ennegrecidas tejas, el castillo guerrero arruinado, las murallas roídas presentan una realidad marcada por el tiempo, una realidad que, años o siglos atrás, había sido opuesta a la de ahora. El tiempo ha transcurrido del pasado al presente.

Esta es la secuencia normal, hasta que el lector de la obra poética de Machado se encuentra con un hermoso y peculiar soneto, el cuarto de la serie CLXV de *Nuevas canciones* y fechado en 1925, que Cristiana Fimiani, en su monumental y magistral tesis doctoral, considera una elaboración de otro poema-borrador escrito unos ocho años antes. (207, 208)

Esta luz de Sevilla... Es el palacio  
donde nací, con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea  
sus libros y medita. Se levanta;  
va hacia la puerta del jardín. Pasea.  
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto  
ahora vagar parecen, sin objeto  
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;  
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,  
piadosamente mi cabeza cana.

El adjetivo demostrativo “este” denota cercanía en el espacio y en el tiempo del emisor, es decir de la voz poética, y nos sitúa mentalmente en la Sevilla y en el palacio donde don Antonio vio su primera luz. Lo que no se sabe es si el poeta está físicamente en el lugar indicado o si se trata solo de un vívido recuerdo. La peculiaridad de este soneto reside en el original “zigzagueo” temporal que afianza a Machado como un maestro capaz de dirigir una película digna de un “Oscar”. Aquí es el monótono rumor del agua lo que tiene protagonismo y lo que, por lo

tanto, sugiere el paso del tiempo. La clásica fuente estática por sí sola, percibida con la vista, no sería suficiente estímulo para evocar temporalidad. Si no fuera por el elemento auditivo que se desprende del agua en movimiento y que se percibe en la rima consonante en ABBA de la primera estrofa, el lector no se percataría del movimiento temporal. La naturaleza, en forma de jardín donde crecen los limoneros, también encierra fugacidad, pero, en la totalidad de estos versos, la mayor carga temporal cae sobre los seres humanos. Aquella unión o coincidencia entre el transcurrir del tiempo y la pesadumbre alcanza en este soneto un nivel difícilmente superable.

El tercer y cuarto verso de la primera estrofa colocan al padre en su despacho, lugar de actividad intelectual, y lo describen escuetamente sin uso de formas verbales. Ni “la alta frente”, ni la “breve mosca”, ni “el bigote lacio” dan indicio de la edad del distinguido señor, pero en el siguiente verso se nos revela, de nuevo sin verbos, que es “aún joven”. No importa que el poeta esté físicamente en el lugar de su nacimiento o no, el hecho es que lo que nos describe es un recuerdo, pero esto no se intuye hasta casi el final. Como contraste, sigue ahora una serie de verbos en presente de indicativo, y el sujeto de todos ellos es el padre, un ser intelectual que “lee, escribe, ojea / sus libros y medita.” En el tiempo ilusorio o, si se quiere, en el recuerdo se encuentra este padre que ama la vida porque “a veces canta”, y que también “espera hablar a Dios un día”, puesto que “a veces habla



solo”. Su mirada es inquieta; parece buscar respuestas y parece buscar a alguien en el vacío del misterio de la vida y del destino humano. Este buen hombre mira hacia su pasado, es decir, recuerda dentro del recuerdo que ahora lo está creando, y luego mira hacia el futuro, donde, con piedad, ve a su hijo, el que entonces sería niño, jugando en el jardín -y el que ahora lo recuerda- con la cabeza cana. Sin duda el padre sintió dolor y compasión imaginándose a su hijo en la vejez, y quizás fue entonces, con el padre, cuando se despertó este tipo de sensibilidad en el pequeño Antonio. Pero ¿cómo intuyó esta piedad paterna el niño Antonio? Seguramente es ahora, con el recuerdo de los ojos y de las miradas del progenitor, ahora, mientras él sufre por la falta del padre querido, ahora es, digo, cuando intuye piedad en aquellas miradas paternas. El padre sufre en la mente del poeta, pero no sufre solo, ya que el hijo, el poeta, sufre con él. Este sufrimiento ya se anunciaba en unos versos de aquel poema de seis años antes que Fimiani considera borrador de este soneto: “Mi padre escribe (letra diminuta—) / medita, sueña, sufre, habla alto.” De este “¡padre mío!” emanan una emoción y un patetismo infinitos. En estas dos palabras exclamadas con dolor se lee el amor que el poeta profesa por su padre. Pero, además de sufrir por la falta del padre, por la añoranza, el poeta siente piedad del padre por haber éste, a su vez, sentido compasión por él. Este es el poema del amor mutuo y de la compasión recíproca y, si su padre viviera aún, el poeta seguramente le diría: “¡padre, no sufras por mí!” Esto es “meterse” en “el otro”,

padecer por y con “el otro”, como dicen estos primeros versos de la colección “Proverbios y cantares”: “Con el tú de mi cancion/ no te aludo, compañero;/ ese tú soy yo.”<sup>3</sup> Por tanto no es solo la muerte, no es solo el paso de la vida hacia la muerte, hacia el misterio, lo que atenaza al poeta, es también y paralelamente el padecer de los hombres, “la vida mala y corta” de la humanidad, y especialmente de los seres queridos, lo que entristece al poeta.

Ahora bien, el tema del tiempo ha sido ampliamente estudiado por varios especialistas, y yo lo hago de forma bastante exhaustiva en mi libro cuyo título contiene la palabra “tiempo”, pero hasta ahora, que yo sepa, no se había hablado de la forma magistral de presentar esta superposición temporal en varias capas. Se parte de un presente que va al pasado en forma de un recuerdo, y dentro de ese recuerdo encontramos otro presente que va primero al pasado y luego se proyecta hacia un futuro imaginario e hipotético en la mente del padre. La maravilla de este poema se encuentra no solo en su contenido, es decir en el tema, sino en su capacidad de condensar toda una filosofía en solo catorce versos endecasílabos, y en acoplar fondo y forma de manera única y magistral.

---

<sup>3</sup> ¡Cuánto tienen en común Machado y Unamuno!

## Obras Citadas

- Barbagallo, Antonio, *España, el paisaje, el tiempo y otros temas en la poesía de Antonio Machado*. Visor Libros, Madrid, 2012. En particular pp. 161 – 170.
- Bousoño, Carlos, *Teoría de la expresión poética*, quinta edición. Gredos, Madrid, 1970.
- Jiménez, Juan Ramón, “Antonio Machado”, en *Antonio Machado*, edición de Ricardo Gullón y Allen W. Phillips. Taurus, Madrid, 1973.
- Machado, Manuel y Antonio, *Obras completas*, quinta edición. “Juan de Mairena”, Editorial Plenitud, Madrid, 1967.
- Pla Y Beltrán, Pascual, “Mi entrevista con Antonio Machado”, en *Antonio Machado*, edición de Ricardo Gullón y Allen W. Phillips. Taurus, Madrid, 1973.
- Zubiría, Ramón de, *La poesía de Antonio Machado, tercera edición*. Gredos, Madrid, 1973.